# LA VUELTA AL VALLE

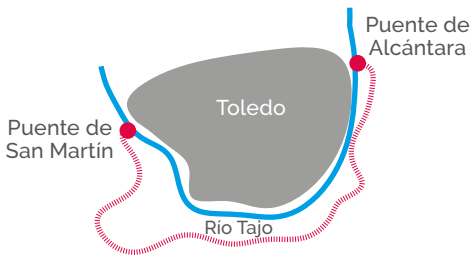
«Camina con los ojos del espíritu bien abiertos, anchas y extendidas las alas de tu fantasía, ligero, sin las preocupaciones de la pobre cultura humana plagada de datos enojosos. Verás como al final de la ruta, a pesar del lazarillo que intentó acompañarte, inunda tu alma una sensación de serenidad, de complacencia interior por la belleza del paisaje y de la sin par panorámica de la vieja ciudad». Las palabras del escritor y periodista toledano, Luis Moreno Nieto, nos sirven de invitación para abordar la **Vuelta al Valle**, un agradable paseo y una espléndida forma de disfrutar de una de las ciudades más bellas del mundo.

Son poco más de cuatro kilómetros que recorren el valle que el río Tajo ha labrado durante milenios entre el peñón rocoso en el que levanta el casco histórico y la colina salpicada por los cigarrales: edificaciones residenciales y hosteleras que se amoldan al terreno accidentado. En nuestro paseo tendremos una vista privilegiada de la ciudad y de sus principales monumentos, nos toparemos con algunos de los emblemas más queridos por los toledanos y disfrutaremos de un paisaje natural donde crecen olivos, encinas, almendros, tomillos o lavandas.

Comenzamos el paseo en el **Puente de Alcántara** a la sobra del **Castillo de San Servando** –que cuenta con un coqueto albergue para viajeros–. Desde aquí se pueden ver los restos de lo que fue el **Artificio de Juanelo** y los del antiguo **acueducto romano**.

La ruta sigue la llamada carretera del Valle por una cómoda acera aguas abajo del río. Dejamos atrás el **Puente Nuevo**, en frente se dibuja la imponente silueta del Alcázar. El camino empieza subir para llegar al puente sobre el **arroyo de la Degollada** y bordear el **cerro del Bú** habitado por los primeros «vecinos» de la ciudad en la Edad de Bronce.

Muy cerca se alza la Ermita de la Virgen del Valle donde cada uno de mayo se celebra la más famosa de las romerías toledanas. Las vistas desde aquí son probablemente las más fotografiadas de la ciudad. A nuestra espalda merece la pena subir a la Piedra del Rey Moro.




A partir de aquí el camino desciende y dejamos a la derecha la Ermita de la Virgen de la Cabeza para alcanzar el Puente de San Martín, a la sombra del Monasterio de San Juan de los Reyes.